

plo en iglesia cristiana, y el mismo dia en que Cortés estuvo tan audaz y temerario, un sacerdote católico celebró el oficio divino en presencia de un gran número de indios, asombrados del imponente espectáculo de esta ceremonia (1).

Peligros de otro género venian á entorpecer la ejecución de la empresa. Algunos marineros y soldados, á quienes fatigaba el trabajo que les imponia Cortés y que no participaban de la confianza de su general, formaron una conspiracion para apoderarse de un navio y huir á Cuba. La conspiracion fué descubierta y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinacion que hacia tiempo reina-

calor y energía, que ellos mismos se brindaron á demoler los navios sacando á las costas las tablas y las vigas. Uno solo fué reservado para despacharle á España, porque aunque el ayuntamiento que habia creado hubiese confirmado á Cortés en sus funciones de general, no se le ocultaba á éste la irregularidad de un acto que constituia una verdadera usurpacion de poder. Deseaba que la corte de España le declarase gobernador de los paises que iba á conquistar. Para conseguirlo y neutralizar los envidiosos esfuerzos de Velazquez, que no se habia olvidado de afear al gobierno español la conducta de su teniente, era necesario presentar una brillante muestra de las riquezas



Dispone Cortés a destruccion de los idolos.

ba en su pequeña tropa, no estaba completamente estinguído, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó una resolucion enérgica, desesperada: resolvió destruir su escuadra, para que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir. ¿Mas cómo era posible que el ejército se prestase á ejecutar una resolucion tan atrevida?

Mandó primero que se dismantelasen los navios, es decir, que se les quitasen los mástiles, las jarcias y los cañones, que fueron sacados á tierra: despues los carpinteros examinaron el casco de cada buque, y ganados por Cortés, declararon que todos los navios estaban tan deteriorados, que era imposible componerlos. Entonces el general arengó á sus soldados con tanto

(1) Para cuidar del culto de la Virgen y ornato de la capilla se ofreció un anciano natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Este, que era el mas anciano de los soldados de Cortés, se quedó solo y entre los indios para ejecutar su propósito, en el que no se sabe qué admirar mas, si la piedad ó el valor.

del imperio mejicano. Solo se podia formar esta remesa con los regalos de Motezuma, que habian sido distribuidos por Cortés á sus soldados; pero á la menor insinuacion de éste ofrecieron ellos cuanto habian recibido, devolviéndolo sin murmurar, sin embargo de que ya era una legítima propiedad suya. Esta prueba feliz manifestó á Cortés el ascendiente que tenia sobre sus soldados. ¿A qué no podia atreverse con unos hombres que le eran tan adictos y que se resignaban á un sacrificio de este genero?

Tomó entonces sus disposiciones para partir. Tenia entonces 500 hombres de á pie y 15 de á caballo con seis piezas de campaña. Como unos 50 soldados, casi todos inválidos, se quedaron con dos caballos en Veracruz para formar la guarnicion. Fácil hubiera sido á Cortés aumentar su ejército con numerosas tropas auxiliares que los caciques le ofrecian; pero rehusó las ofertas de aquellos gefes, no admitiendo mas que 400 hombres con 200 *tamenes* ó indios de carga para llevar las provisiones del ejército. Para seguridad de los españoles que dejaba á su espalda, escogió de los in-



dios 50 de los mas ricos y de mas suposicion, para que le sirviesen de rehenes y respondiesen de la seguridad de los españoles que iban á constituir la escasa guarnicion de Vera-Cruz.

El pequeño ejército de Cortés partió de Cempoala el 16 de agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros dias de marcha, como que se atravesaba por un pais, cuyos caciques, como el de Cempoala, eran aliados de los españoles; así es que en todas partes hallaron víveres en abundancia. Llegaron por fin á Tlascala, cuyo territorio tendria unas 30 millas de circuito. Cruzan este pais montañas que se consideran generalmente como una continuacion de las que se estienden á lo largo de la América Meridional y que se llaman la cordillera de los Andes ó simplemente las Cordilleras.

Un valor á toda prueba, un ardiente amor á la li-

que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlascala una embajada, que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Escogió para esta importante comision á cuatro cempoales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en estas circunstancias todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodón; en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga flecha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hácia abajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados así á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado



Ma rina y los embajadores.

bertad distinguian á los habitantes de estas montañas entre los naturales de los demas puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habian conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El pais estaba dividido en distritos, que tenian sus representantes en Tlascala, cabeza de la república. La reunion de estos diputados formaba el gran congreso, que ejercía el poder legislativo de la nacion, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un gobierno aristocrático, es decir, un gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes mas principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debian hacerle considerar como salvaje.

La nacion no era numerosa; pero su fuerza residia en su valor, en su amor á la independenciam y en su carácter vengativo. Habia rechazado todos los ataques de Motezuma para volverla á su dominio, por lo

de no salirse del camino real, porque apartándose de él, se hubieran visto espuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debian á su trage. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.

Llegados á Tlascala los embajadores, fueron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigia su carácter. Al dia siguiente el senado los admitió para escuchar las proposiciones que les habian encomendado. Los miembros de aquel consejo estaban sentados por orden de edad en unos taburetes de una pieza y de una madera muy rara. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados, haciendo una humilde reverencia, se adelantaron hasta el medio de



la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Allí esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que podían hablar, y entonces sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que habia aprendido el discurso lo relató en estos términos:

«Pueblos libres, valientes é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos, os saludan y os desean una abundante cosecha y el esterminio de todos vuestros enemigos. Os participan como han sido visitados por unos hombres estraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres, semejantes á los dioses, puesto que manejan las armas de que estos se sirven ordinariamente, es decir, el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un Dios mas poderoso que los nuestros y que aborrece la tiranía y los sacrificios humanos. Su gefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religion previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitán la dicha de vernos libres de la tiranía del emperador. Teniendo precision de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos; asociaros á su noble causa, y hacer triunfen vuestros comunes intereses. No podeis por lo tanto dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio. Estad seguros de que no desea mas que vuestro bien; que sus armas no son mas que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan, solo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden.»

Terminada la arenga los embajadores se arrodillaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y despues cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestacion del senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaria una respuesta en debida forma, así que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga: es decir, la cuestion del paso por el territorio tlascalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen, y empezó la deliberacion.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querian la paz y otros la guerra. El mas ardiente campeón de la guerra era el general Xicotencal, jóven magnate lleno de valor; pero arrebatado por el exceso de su hélico entusiasmo. Consiguió que su dictámen fuese aprobado por la mayoría, que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlascala para dar tiempo á los preparativos de la defensa.

Pasados ocho dias y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó á seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se habia puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trábose un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el país, y al otro dia del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlasaltecas que acusaron á sus aliados llamados otomies, de haber atacado imprudentemente á los españoles: imprudencia de la que habian sido bien castigados, con su derro-

ta y la muerte de sus mas intrépidos gefes. Despues de haberse escusado de esta manera, se retiraron, dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlascalteca.

Bien pronto supo á qué atenerse, porque al dia siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que escitó á la vez la piedad y la indignacion de los españoles. Noticiaron á Cortés que habian sido aprisionados en contra del derecho de gentes, y que debian ser sacrificados por los tlasaltecas á sus dioses; pero que habian conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decian estos embajadores, el pueblo tlascalteca habia jurado inmolar tambien á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el jóven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta á Cortés y todo su ejército por un suceso de poca importancia. Un ginete español que separándose de los suyos, se habia precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo, acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la llevaron en triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder, sin que pudiesen resistir á las masas que los oprimian, y que iban á acabar con ellos.

De repente cesa el combate, las bocinas de los indios tocan retirada, y el enemigo abandona un campo de batalla en el que á poca costa hubiera conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles, era que habiendo muerto ya los principales gefes indios, era preciso nombrar quien los reemplazase: el enemigo ademas se retiraba satisfecho llevándose como un glorioso trofeo la cabeza del caballo, la que Xicotencal cuidó de enviar al senado.

El general español buscó una posicion en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlasaltecas, envió á su general algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas, le hicieron conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada. Indignóse Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del general español, que maltrató á los infelices que se las habian hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijesen á Cortés que al dia siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaria con un poderoso ejército para prender al general español y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venia acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el general tlascalteca tan irritado como parecia. Este regalo consistia en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es, que Xicotencal habia cuidado de advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.



Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que el enemigo les habia enviado, mientras se preparaban al combate de el dia siguiente. Xicotencal cumplió su palabra; al romper el dia, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas, triunfaron esta vez del teson y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban tambien que los magos de su nacion podrian saber mas que ellos. Ademas, sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, les prometian siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debian toda su fuerza á los rayos de este astro durante el dia; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y esterminarlos.

Determinados los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés siempre vigilante, habia tomado todas sus precauciones para no ser sorprendido: asi es que cuando se presentaron, fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran mas que hombres, puesto que sin morir uno siquiera habian dejado tendidos en el campo millares de tlascaltecas. Empezaron por sacrificar á los dioses algunos de sus magos para castigar su embuste, y despues enviaron á Cortés una embajada solemne pidiendo la paz, y escogiendo para embajadores á los principales de la nacion.

Vestidos con sus trages de ceremonia, adornados con plumas blancas, que eran, como ya se ha dicho, un simbolo de paz, llegaron los embajadores al campamento español, deteniéndose de rato en rato, para tocar la tierra con la mano que besaban en seguida: repitieron muchas veces esta ceremonia hasta llegar á las líneas españolas donde quemaron perfumes.

Admitidos en presencia de Cortés, pronunciaron este discurso: «Si sois divinidades malélicas, ahí teneis cinco esclavos para que bebais su sangre y os saqueis con su carne: si sois dioses benignos, aquí teneis perfumes y plumas de diferentes colores; pero si sois hombres, aquí teneis carne y pan para vuestro alimento.»—Anunciaron despues que el objeto principal de su mision, era pedir perdon de las hostilidades cometidas por sus imprudentes compatriotas, y arreglar al mismo tiempo las condiciones de la paz. El general español, conservando el ademan de dignidad y grandeza con que habia recibido á los embajadores tlascaltecas, les dirigió enérgicas reconvencciones por la conducta de su gobierno, y su terquedad en despreciar las proposiciones pacíficas que se les habian hecho. Les declaró sin embargo, que estaba dispuesto á perdonar, con tal que la república guardase una estricta neutralidad, y le diese una satisfaccion de las injurias hechas á los españoles y á su gefe.

Asi que el senado de Tlascala supo la respuesta de Cortés, mandó á todos los habitantes de las cercanías de la ciudad que llevasen víveres á unos extranjeros tan extraordinarios, proporcionándoles cuanto necesitasen sin pedir ni recibir el pago, quedando los españoles admirados del celo y exactitud con que se cumplió esta orden. Dos dias despues, llegó al campo una magnífica comitiva, á cuyo frente venia Xicotencal: formábanla cincuenta magnates de la nacion, to-

dos ricamente vestidos. El gefe traia puesto un largo vestido blanco, adornado de plumas y piedras preciosas: era un jóven alto y delgado, cuyo marcial aspecto revelaba la costumbre del mando.

Saludó á la usanza del pais al general español, despues tomó asiento sin que nadie se lo mandase y sin pedir permiso, y dirigió á Cortés este discurso: «A mí solo hay que culpar por las hostilidades cometidas contra los españoles; pero me habia equivocado: creia que los españoles eran aliados de Motezuma, mi enemigo, el enemigo de mi patria. Deseando espiar mi culpa y obtener el perdon de un pueblo que es inocente, vengo á ponerme en manos del vencedor. Que disponga de mí como quiera, resignado estoy á sufrir todas las consecuencias de mi falta; pero que conceda la paz que pide todo un pueblo. Tlascala espera recibir dentro de sus muros al gefe de los estrangeros y á sus soldados, que no encontrarán mas que amigos.»

La franqueza generosa de estas palabras, pronunciadas con notable firmeza, agradó mucho á Cortés, que despues de haber reprendido severamente á este gefe por su resistencia, que habia hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos dias pasaria á Tlascala.

Mientras que sucedia todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razon, que no era tanto esto lo que pretendia Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlascala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, si, á inspirar al general español desconfianza de los tlascaltecas, á quienes representaban como gentes sin fe y prontos á vender á sus nuevos aliados; pero Cortés les contestó de manera que conociesen no se le ocultaban sus interesadas calumnias.

Entretanto el terror reinaba en Tlascala, porque no viendo los habitantes llegar al general español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugerencias é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el senado la resolucion de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su gefe. Desplegóse gran pompa en la ejecucion de este proyecto: cada individuo del senado llevaba un traje blanco, simbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquin por oficiales de un rango inferior.

Venia á la cabeza de esta reunion imponente, el padre de Xicotencal; este anciano, que estaba ciego, se distinguia por su vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no habia podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés le abrazó y le pasó la mano por la cara, para formar alguna idea de él por medio del tacto. He aquí el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

«Qué importa que tú seas un dios ó un hombre, de todos modos tienes á tu disposicion el senado de Tlascala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intencion de escusar la falta de nuestro pueblo, al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperando asi aplacar tu cólera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero tambien nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se esfuerza, ya lo sabemos, á introducir el odio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehusés tu alianza; pero si das



oidos á pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavía de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu auxilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanza de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este gefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitán, aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te va á ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de

ordinaria de Cortés, con la que este gefe tan prudente como animoso solia asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlascalca una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegría con el ruido de los tambores y de los pifanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes revestidos con sus trages quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del consejo supremo ó senado, y los habitantes mas principales vinieron á ofrecerles su respetuoso homenaje. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de teules, es decir dio-



El padre de Xicotencal y su comitiva.

ello; ¿mas por qué desea retraerte? ¿Por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras suplicas? ¿Por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, á hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte, que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.»

Cortés respondió que se apresuraria á satisfacer los deseos del senado de Tlascalca y pidió solamente algunos hombres para conducir los bagages y la artillería. Al dia siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entre sí sobre quién habia de cargar con el fardo mas pesado. El ejército se puso en camino; pero marchando en columna como si se fuese á combatir: precaucion

ses, á una casa tan espaciosa que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaucion que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlascaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que aun en tiempo de paz, la disciplina y las ordenanzas militares prescribian precauciones de este género. Entonces los tlascaltecas no hicieron mas objeciones contra la medida adoptada por el general español, y hasta el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduria y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso auxilio que le podría proporcionar la alianza con una nacion tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que tratasen á los tlascaltecas con mucha dulzura é igualdad.



El fué el primero á darles ejemplo de esta política hábil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unian ya al caudillo de los guerreros de Tlascala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religion.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar mas que al dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Segun él, un solo general, que era un hombre, podia mandar muy bien á un mismo tiempo á los españoles y á los tlascaltecas; pero el único dios de los cristianos no podia bastar para uno y otros. Los tlascaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que los protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro en fin, para los casos extraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó, que el dios de los cristianos, supremo señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar todas las necesidades de los hombres, pero el tlascalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo dios pudiera multiplicarse, para atender á tan diversas obras. Entonces el general español llamó en su auxilio al capellan de la expedicion, que trató de persuadir al senador y á los tlascaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atencion al sacerdote cristiano; pero cuando acabó de hablar, el individuo del supremo consejo suplicó á Cortés que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de su campamento, para preservar á los tlascaltecas de la temible cólera de sus teules.

Estas palabras irritaron á Cortés en términos que ya se disponia como en Cempoala á destruir en el acto el culto de los idolos de Tlascala; pero el padre Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religion de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecucion de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podian ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejército español, reforzado con un cuerpo de 6,000 tlascaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el emperador habia dispuesto que se le hiciese alli el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demas los embajadores no suscitaron la cuestion de la marcha á Méjico.

Esta invitacion pareció sospechosa á los tlascaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El general español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no habia peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles con las mas amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlascaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretesto de que eran enemigos de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion: cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose como ellos de fosos y trincheras.

Durante los primeros dias los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlascaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia; los caciques se manifestaban mas frios, y se notaron frecuentes reuñio-

nes de los embajadores de Motezuma. Dos tlascaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habian visto por la noche un gran número de mugeres y de niños que se refugiaban á parage seguro, y que seis niños habian sido sacrificados á los idolos en el templo principal, sacrificio que era el prelude ordinario de una expedicion militar. En consecuencia, Cortés debia tomar sus disposiciones para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El general español estuvo alerta y observó á los



Presentacion del idolo á los prisioneros

cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina habia sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta muger, deseando salvar á la jóven, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, que habian de perecer sin distincion, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina, partidaria de los españoles, fingia que se aprovechaba del aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiracion. Asi consiguió saber que un cuerpo de tropa mejicana estaba oculta en las cercanías de